

“La parte de los crímenes” Una economía del miedo¹



Fermín A. Rodríguez

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) -
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Buenos Aires, Argentina

Resumen

Conectando tramas de violencia (machista, patriarcal, narco, policial, laboral) con la potencia comunitaria del cuerpo puesto a trabajar, “La parte de los crímenes”, cuarta sección de la novela póstuma de Roberto Bolaño *2666*, muestra cómo funciona un poder que, indistinguible del afecto, se manifiesta a través del miedo y la degradación del cuerpo femenino como territorio eminentemente biopolítico. Los basureros, los baldíos, las villas miserias, las urbanizaciones, los barrios periféricos de la Santa Teresa de *2666*, con las maquiladoras de fondo alzándose como castillos góticos en medio del desierto de Sonora, componen un ecosistema del miedo, un espacio abandonado por el Estado a las fuerzas sexistas y racistas del neoliberalismo donde se puede matar mujeres obreras sin cometer asesinato. Plegando al cuerpo sensible de la lengua intensidades sociales que recorren el campo de lo vivo, “La parte de los crímenes” es una exploración en clave afectiva de ese nudo permanente en el estómago que es el vínculo entre miedo, subjetividad y capital.

PALABRAS CLAVE: literatura y neoliberalismo, biopolítica, vida precaria, miedo e inseguridad laboral, guerras de género.

“The part about the crimes”: An economy of fear

Abstract

Connecting different lines of violence (sexist, patriarchal, criminal, police, labor violence) with the community's power of the body put to work, “The Part About the Crimes”, fourth section of Roberto Bolaño's posthumous novel *2666*, shows how a

¹ Fragmentos de este artículo están tomados de mi libro *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo* (2022), donde el texto de Bolaño forma parte de un corpus de narraciones de fines del siglo XX y comienzos del XXI que exploran la vida precaria como terreno definitorio de los procesos de neoliberalización en América Latina.

power works that manifests itself through fear and degradation of the female body as biopolitical territory. The garbage dumps, vacant lots, shanty towns, urbanizations, the outlying districts of Santa Teresa in 2666, with the *maquiladoras* rising up in the background from the Sonoran Desert like gothic castles, make up an ecosystem of fear, a space abandoned by the State to the sexist and racist forces of neoliberalism where working women can be killed without committing murder. Folding into the sensitive body of language the same social intensities that roam around the field of the living like wild beasts, that is to say, the accelerated trembling and throbbing of life, “The Part About the Crimes” is an exploration, in affective terms, of that permanent knot in our stomachs which is the link between fear, subjectivity, and capital.

KEYWORDS: literature and neoliberalism, biopolitics, precarious life, fear, job insecurity, gender wars.

“A parte dos crimes”: uma economia do medo

Resumo

Conectando tramas de violência (sexista, patriarcal, narcotráfica, policial, trabalhista) com o poder comunitário do um corpo posto a trabalhar, “A parte dos crimes”, quarta seção do romance póstumo 2666, de Roberto Bolaño, mostra como funciona um poder que, indistinguível do afeto, manifesta-se pelo medo e pela degradação do corpo feminino como território eminentemente biopolítico. Os lixões, os terrenos baldios, as favelas, as urbanizações, os bairros periféricos da Santa Teresa de 2666, com as *maquiladoras* ao fundo erguendo-se como castelos góticos no meio do deserto de Sonora, compõem um ecossistema de medo, um espaço abandonado pelo Estado às forças sexistas e racistas do neoliberalismo onde as mulheres trabalhadoras podem ser mortas sem cometerem homicídio. Dobrando-se no corpo sensível da linguagem das intensidades sociais que percorrem o campo dos vivos, “A Parte dos Crimes” é uma exploração emocional daquele permanente nó no estômago que é o elo entre o medo, a subjetividade e o capital.

PALAVRAS-CHAVE: literatura e neoliberalismo, biopolítica, vida precária, medo, insegurança no trabalho, guerras de gênero.

Cuarta sección de la novela póstuma de Roberto Bolaño 2666, “La parte de los crímenes”, es una exploración en clave afectiva de ese nudo en el estómago permanente que es el vínculo entre miedo, subjetividad y capital. Conectando tramas de violencia (machista, patriarcal, narco, policial, laboral) con la potencia comunitaria del cuerpo puesto a trabajar, la novela muestra cómo funciona un poder que, indistinguible del afecto, se manifiesta a través del miedo y la degradación del cuerpo femenino como territorio eminentemente biopolítico.²

² Instrumentalizado por brutales políticas globales de explotación y precarización que son diseñadas básicamente para bajar el precio del trabajo, el miedo como afecto, más que la ideología, es la garantía final de las nuevas normas de productividad no porque sea una condición natural de los sujetos, sino como resultado de una serie de nuevas imposiciones y controles biopolíticos sobre la vida social misma. Según Michael Hardt y Antonio Negri, en un mundo definido por nuevos y complejos regímenes de diferenciación y homogeneización, “el miedo a la violencia, la pobreza y el desempleo son, finalmente, las fuerzas primarias e inmediatas que crean y mantienen las nuevas segmentaciones del trabajo”, segmentaciones de género, raza y cultura (2002: 288).

Los basureros, los baldíos, las villas miserias, las urbanizaciones, los barrios periféricos de la Santa Teresa de 2666, con las maquiladoras de fondo alzándose como castillos góticos en medio del desierto de Sonora, componen un ecosistema del miedo, un espacio abandonado por el Estado a las fuerzas sexistas y racistas del neoliberalismo donde se puede matar mujeres obreras sin cometer asesinato.

En efecto, no hay aspecto de la vida de Santa Teresa, la ciudad de la novela, con el eco del femicidio de Ciudad Juárez de fondo, que no esté tomado por un miedo ubicuo e inespecífico que en sus calles mal iluminadas se filtra por los poros del cuerpo social: miedo a los espacios abiertos, a los espacios cerrados, a las calles, a cruzar puentes. Miedo a los médicos, a los niños y a los animales; al pelo, a las palabras y a la ropa. Miedo a todo, hasta la lluvia y el mar pueden ser causa de enfermedad y devenir agresión, tanto como los fenómenos meteorológicos, la noche, las flores, los árboles y los colores. Miedo a los objetos sagrados, a cometer pecados, a la sangre, a las balas, a los vivos y a los muertos. Miedo incluso al propio miedo, como los que sufren de fobofobia.

Lanzada como una red discursiva sobre un territorio vacío de sentido, la lista de fobias atraviesa fugazmente la atmósfera recargada de terror que satura la novela, para terminar desvaneciéndose en el desierto indefinido y ominoso que separa México de los Estados Unidos. Para reconstruir esa red multicausal inaprehensible de violencia que afecta nuestras vidas hay que llegar, por decirlo de algún modo, hasta las moléculas. Se trata de un nuevo régimen político de la novela que, en el reverso de las retóricas neoliberales del Estado débil, recoge entre sus páginas un tendal de cuerpos precarizados que a fuerza de vulnerabilidad iluminan un terror económico que intenta imponer la precariedad, el desempleo y el ajuste.

Porque si la optofobia, que es el miedo a abrir los ojos, cediera por unos instantes y pudiéramos acceder al secreto del mal, lo que saldría a la luz es que más allá del enigma policial, más allá de la naturaleza episódica y pasional de los crímenes, más allá de la identidad de un asesino serial inatrapable y del diagnóstico psiquiátrico que explicaría racionalmente su conducta aberrante, bajo el otro cielo de Santa Teresa, están matando obreras (Bolaño, 2004: 583).³

Economía del miedo

Plegando al cuerpo sensible de la lengua las mismas intensidades sociales que recorren como fieras sueltas el campo de lo vivo, novelas como 2666 son una exploración en clave afectiva de ese nudo en el estómago permanente que es el vínculo entre miedo, subjetividad y capital.⁴ Desencadenadas por la desregulación estatal de los mercados, las fuerzas económicas globales que mapea la novela corren como fieras famélicas por la frontera desértica que separa México de los Estados Unidos, un terreno despejado de obstáculos comunitarios por una máquina represiva de gestión de la población que va destruyendo a su paso cualquier estructura social previa que se interponga a una acumulación del capital sin límites, inseparable, desde los tiempos

3 A partir de ahora, salvo que se indique lo contrario, los números citados entre paréntesis en el cuerpo del texto corresponden a esta edición.

4 Acerca del afecto como poder de receptividad de un cuerpo —esto es, la capacidad de un cuerpo individual o colectivo de afectar o ser afectado por otros cuerpos, aumentando o disminuyendo su capacidad de actuar— y de la constitución de un régimen afectivo que entrelace deseo y política de forma inmanente, sigo los análisis de Jon Beasley-Murray en *Poshegemonía* (2010: 162-163).

de la conquista y de las guerras de la independencia, de un derecho ilimitado de explotación y degradación del cuerpo de las mujeres como un recurso natural más.⁵

El poder predatorio y criminal sobre un cuerpo femenino se repite hasta el final de los tiempos, vagamente insinuados por la cifra que sirve de título. 2666, un número que evoca la omnipotencia de la bestia,⁶ es una orilla del presente, la frontera terminal del capitalismo avanzado, y alude al fin del mundo o de un mundo. Un paisaje globalizado donde el tiempo dejó de correr y el gran relato de la modernización, sin el porvenir de la revolución en el horizonte, parece haberse detenido en torno a un único acontecimiento que la novela repite incesantemente; un círculo infernal en el que secuestran, violan, torturan y matan impersonal y brutalmente a cientos de mujeres que, en algún sentido, son siempre la misma: una mujer trabajadora o estudiante, joven, migrante, pobre, clandestinizada, que se eterniza esperando (un trabajo estable, una visa, una vida digna), apropiada y expropiada por un sistema patriarcal que es la continuación, por medios brutales, de toda una biopolítica del cuerpo comprometida con el control de la reproducción biológica, económica y afectiva del trabajo llamado vivo —la “nueva mestiza” trasladándose por el paisaje de “odio, rabia y explotación” que la chicana Gloria Anzaldúa mapeó hacia 1987 en *Borderlands* (1999: 19)—.

La reproducción del capital se confunde con la producción en masa de poblaciones de refugiadas económicas, encerradas afuera de las formas tradicionales de inclusión y reconocimiento estatales en un territorio biopolítico donde el orden jurídico se encuentra suspendido y se puede matar mujeres obreras sin cometer asesinato. El capitalismo siempre soñó con jóvenes del tercer mundo, sumisas, maleables, no capacitadas e industriosas —gentileza de la cultura patriarcal y de las tradiciones del abuso—, que abastezcan de mano de obra dócil y barata a las maquiladoras de la industria global.⁷ Explotados y despreciados al mismo tiempo, son los cuerpos de la inmigración neoliberal, privados de los derechos de ciudadanía, cuerpos, como quien dice, llevados hasta el límite de lo que pueden por un impulso migratorio inseparable de formas de vida y dinámicas comunitarias devenidas para la industria del ensamblaje global fuente de producción de valor. Cargadas de un capital comunitario ligado a lógicas vitales de larga data, son las “empresarias de sí” de las economías populares —el “neoliberalismo desde abajo” que reconstruye Verónica Gago—, llegadas a Santa Teresa en busca de trabajo en las maquiladoras o tratando de pasar al lado estadounidense, siguiendo flujos de trabajos y de cosas que circulan a través de fronteras que son umbrales biopolíticos de comercio antes que líneas geográficas de emigración.⁸

5 Acerca de la violación como arma de guerra y sus efectos no solo contra los individuos sino contra los lazos sociales que mantienen una comunidad unida, dice Jean Franco: “Violar y asesinar sugiere mucho más que un acto de triunfo. ¿Es muy exagerado decir que constituye una recreación de la Conquista?” (1013: 78).

6 El crítico Ignacio Echeverría sigue la pista del título en la obra anterior de Bolaño, y encuentra en *Amuleto* (1999) una referencia elocuente: “la [colonia] Guerrero, [en Ciudad de México], se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975 [fecha a la que corresponden el relato de *Amuleto*], sino a un cementerio de 2666” (2004: 1123-24).

7 La presión constante sobre los salarios que existe en las maquiladoras se aprovecha de la composición mayoritariamente femenina de la fuerza de trabajo. Sin embargo, aunque tengan históricamente menos derechos políticos y sociales que los hombres, las mujeres resisten y el capital busca modos de disciplinarlas. Por ejemplo, dice Justin Akers Chacón, citando un informe del Human Rights Watch, que a las trabajadoras se les hace mensualmente un examen de embarazo rutinario para que puedan conservar el empleo, y las que están embarazadas —como Delia— son despedidas (*Nadie es ilegal*, 2009: 155).

8 Acerca de la figura del migrante como “inversor de sí” mezclada con la puesta en juego de un capital comunitario, ver Verónica Gago, *La razón neoliberal* (2014: 23). Acerca de la proliferación de fronteras espaciales y no espaciales en el mundo actual, y de su flexibilidad como mecanismos de inclusión diferencial no menos que de exclusión, dice Mezzadra: “Hoy las fronteras no son meros márgenes geográficos o bordes territoriales. Son instituciones complejas, marcadas por tensiones entre prácticas de controles y cruces de frontera” (*Border as Method*, 2013: 3, la traducción es mía). La frontera, dice Akers Chacón, es usada por la industria de la maquiladora “para llevar los salarios al mínimo a ambos lados, mientras divide artificialmente a los obreros para evitar una respuesta colectiva” (2009: 156).

El cuerpo femenino se transforma en un campo de batalla que lleva las huellas de un poder de apropiación y expropiación absolutos, de una voracidad sin límites, que escribe directamente sobre el cuerpo y con el cuerpo mutilado de las víctimas una de esas macabras ficciones de la política latinoamericana que la política de la ficción de Bolaño, con su uso del misterio como modo de poner en relación elementos heterogéneos, empuja hasta el límite del no lenguaje de la violencia y del terror.⁹

Porque si las cosas se llamaran efectivamente por su miedo, habría que hablar antes que nada de ginefobia, ergofobia y tropofobia, que son el miedo a las mujeres, al trabajo y a cambiar de lugar —un triángulo por el que se escurre la vida, objeto de cálculos y apropiación por la acción de un capital que ha puesto el terror y la exposición a la muerte “lenta” de la pobreza en el centro del proceso productivo.

Hay cadáveres

Al igual que el policía que se entretiene contando las heridas de armas blanca que recibió el cuerpo de una mujer antes de morir estrangulada y “se aburrió al llegar a la herida número treinta y cinco” (Bolaño, 2004: 724), quien recorra de punta a punta la serie de ciento nueve cadáveres de mujeres asesinadas entre 1993 y 1997 (pero hubo otras antes, y habrá otras después: la serie es abierta por definición) que se acumulan en las páginas de “La parte de los crímenes” perderá en algún momento la cuenta. Como ojos que se cierran ante el peligro, las palabras desafectadas y anestesiantes con que se contabilizan los cadáveres son propias de un informe forense que aplasta la crueldad del fenómeno con el peso de una mirada estadística, en tensión con la singularidad del goce que bulle en cada asesinato.¹⁰

El goteo constante de informes forenses, precisos, impersonales, purgados de afectos y de emociones, como si los hubiera redactado un descendiente de los narradores de Rulfo,¹¹ aplasta la identidad jurídico-política de las víctimas sobre un sustrato anatómico sin forma personal, que reduce a las mujeres de sujetos individuales a mera “especie” viviente arrancada del campo del derecho y arrojadas como cadáver *sin comunidad* a un terreno donde lo orgánico es indiscernible de lo inorgánico, y la posibilidad de reinscripción de lo simbólico desfallece.¹²

9 Para Rita Segato, la violencia irrestricta sobre los cuerpos de mujeres trabajadoras incluye una dimensión expresiva que debe leerse como el estilo de un texto. En este sentido, “todo acto de violencia, como un gesto discursivo, lleva una firma”, la huella de un sujeto reconocible en lo que expresa “en palabra o acto” (2013: 22).

10 Según Francine Masiello, en 2666 hay una “estética” perversa en juego como experiencia de lectura: “El enigma de 2666 está en la respuesta de nuestro cuerpo frente a la semblanza del horror; la ilusión mimética produce placer al mismo tiempo que suscita un despertar de conciencia con respecto a la política y la literatura” (2012: 11). Por su parte, Thomas Keenan y Eyal Weizman postulan una “estética forense” inaugurada por la exhumación de los restos del oficial nazi Josef Mengele en Brasil en 1985. El proceso, que permitió el desarrollo en el campo de la antropología forense de técnicas de identificación de cadáveres, “inauguró una nueva sensibilidad política, una ética y una estética política cuyas implicaciones e influencias desbordaron rápidamente los límites de sus foros iniciales para abrirse paso desde el campo de la justicia y estructurar la forma en que pensamos y representamos los conflictos políticos, ya sea en los medios, en los debates políticos, en la literatura, en el cine o en las artes” (*Mengele's Skull: The Advent of Forensic Aesthetic*, citado en Rosenberg, 2016: 127).

11 Lalo Cura, el joven aprendiz de policía y de criminólogo, reclutado en una comunidad indígena, es un descendiente de un linaje de cinco generaciones de madres solteras, comparte un aire de familia con Juan Preciado.

12 Si en la biopolítica devenida tanatopolítica, dice Gabriel Giorgi en *Formas comunes*, se trata de eliminar el cadáver, fundiéndolo con una cosa o con un animal, lo que se pone en juego en los crímenes de 2666 es la producción de *cadáveres sin comunidad*, cuerpos “sin persona” con los que “la comunidad no puede establecer ningún lazo” (2014: 199-200). La violación seguida de ejecución, dice Jean Franco en *Cruel Modernity*, reduce a la víctima al estado de abyección, fuera del campo de lo humano. Lo abyecto, dice Franco, se “inscribe en un caos primordial, marcado por una indistinción o deformación primaria” (2013: 77) que asimila el cuerpo a una basura. Y si sobrevive, la víctima sufre dos veces, por ser violada y por el vacío que la condena social abre alrededor suyo y que la aparta de la comunidad (2013: 77-78).

Como la biologización de la política está en conflicto con las ideas democráticas y el poder sobre la vida pone en crisis la noción jurídica de ciudadanía, en sociedades como la de Santa Teresa no todos los seres humanos pueden aspirar al estatuto jurídico-político de persona (Esposito, 2009: 97-150).¹³ Porque para poder ser eliminadas de manera no criminal, para que sus nombres e historias de vida pudieran ser borrados de la representación pública, las obreras de Santa Teresa tuvieron que ser previamente convertidas en vidas residuales por un poder que las había dejado al desnudo, invisibilizadas socialmente, en un campo donde da lo mismo violar derechos que mujeres a las que previamente les ha sido retirado el marco de inteligibilidad que las vuelve lo que Butler denomina *grievable life*, vida “digna de ser llorada”, vida que valga la pena.¹⁴

De hecho, la sociedad entera de Santa Teresa —declara un investigador invitado por las autoridades de la ciudad a dar su diagnóstico— “está fuera de la sociedad”, en estado de excepción permanente, y lo mejor que podrían hacer es “salir una noche al desierto y cruzar la frontera, todos sin excepción, todos, todos” (Bolaño, 2004: 339). Pero desde el momento en que las fronteras son biopolíticas, la suspensión de los límites más que su establecimiento y conservación se vuelve el núcleo secreto de la estructura moderna del poder. Bajo la forma de la suspensión, el afuera de la sociedad está ahora “adentro”, en lugares como el basurero clandestino que Bolaño denomina insidiosamente “El Chile”, donde aparecen los restos de una de las mujeres muertas.

Vida y política se imbrican en El Chile, epicentro de esta geo-biopolítica que marca las fronteras de la crueldad de las sociedades postindustriales (Balibar, 2005). Allí, en el límite mismo de la significación y la legibilidad, en continuidad con la materia orgánica en descomposición del cadáver, sobreviven “los que no tienen nada o menos que nada” —cuerpos de una humanidad irreconocible, producidos como sujetos desechables, superfluos, desprovistos de utilidad, que, incluso en vida, han sido privados del marco de humanidad que los vuelve legibles dentro de un régimen de sentido. Son no personas que

hablan una jerga difícil de entender... Su esperanza de vida es breve. Mueren a lo sumo a los siete meses de transitar por el basurero. Sus hábitos alimenticios y su vida sexual son un misterio. Es probable que hayan olvidado comer y coger. O que la comida y el sexo para ellos sea ya otra cosa, inalcanzable, inexpresable, algo que queda fuera de la acción y la verbalización. Todos, sin excepción, están enfermos. Sacarle la ropa a un cadáver de El Chile equivale a despellejarlo. (Bolaño, 2004: 466-67)

El Chile es uno de esos “agujeros negros” (Bolaño, 2004: 791) por donde se escurre una vida desnuda indiferenciada, terminal, preindividual; una zona de contacto y contigüidad que impide trazar con certeza el límite preciso entre hombres, animales y restos orgánicos según esta nueva economía de la vida y de la muerte donde la oposición humano/animal queda desplazada por la distinción entre *bios/zoé* —entre la vida de lo que una sociedad reconoce como persona humana y la vida no personal del sujeto, la cosa viviente en el hombre, la inhumanidad de lo humano, que comunica, por su borde más bajo, con el nihilismo radical del cadáver. Ni trabajadoras, ni mujeres, ni mestizas: cuando la política de la alteridad es llevada hasta el límite de la indiferencia y el nihilismo, hay cadáveres.¹⁵

¹³ Acerca del Estado mexicano como Estado de policía entendido como gubernamentalidad directa de la soberanía en términos biopolíticos, ver Williams (2011).

¹⁴ Dice Judith Butler en *Marcos de guerra*: “Sin capacidad de suscitar condolencia, no existe vida alguna, o, mejor dicho, hay algo que está vivo”, pero que desde el momento en que cae fuera del marco suministrado por las normas, “es distinto a la vida” y “no será llorada cuando se pierda” (2010: 32-33).

¹⁵ Acerca de la ambivalencia de una política de lo traumático y lo abyecto, dice Hal Foster: “Para el culto de la abyección, el sujeto de la historia no es el Trabajador, la Mujer o la Persona de Color, sino el Cadáver”, como “epítome de la pauperización” tanto como lugar “desde el cual el poder emana bajo una nueva forma” (1996: 166, 168).

Basureadas

Produciendo y haciendo circular las imágenes y deseos que se identifican con lo humano, el poder sobre la vida reproduce ciertas concepciones acerca de qué vidas valen la pena y qué muertes no merecen ningún duelo. Marcados por la imaginación biopolítica, los chistes son parte de un discurso del odio donde las jerarquías y las exclusiones se dicen mintiendo y riendo, en un lenguaje embrutecido y ultrajante, cargado de intensidades que rondan la sociedad como jaurías. Pero la novela repite los chistes como tragedia, revelando la mueca de espanto por detrás de la farsa. El humor biopolítico que, entre risotadas, comparten los policías y judiciales que investigan el caso (y que utilizan para construir un vínculo entre hombres), define a las mujeres como “un conjunto de células medianamente organizadas” alrededor del agujero negro de su sexo. Las mujeres, dice otro chiste, son como las leyes: están hechas para ser violadas (Bolaño, 2004: 689-692).

Entre restos de basura, desechos industriales y escombros, los cuerpos salvajemente apuñalados, mutilados, eviscerados, chamuscados, con los pezones y el sexo desgarrados a mordiscones, “como si un perro callejero se la hubiera intentado comer” (Bolaño, 2004: 577), yacen insepultos en tierras baldías, a la vista de todos, para que fueran encontrados lo antes posible, especula alguien, como si la violencia misógina del poder tuviera la necesidad constante de producir y exhibir la desnudez para aterrorizarnos y preservar las jerarquías.

Son los restos que produce a su paso lo que Sergio González Rodríguez, autor de la monumental investigación sobre los femicidios *Huesos en el desierto* (2002), ha llamado “máquina femicida” —una máquina de guerra desbocada y suicida, polimorfa y difusa, en transformación permanente, fuera del control del Estado—. ¹⁶ Bolaño lo incluyó como personaje de la novela, un cronista del DF convencido de que en México “ser periodista cultural es lo mismo que ser periodista de policiales” (Bolaño, 2004: 581).

No hay en este sentido enigma que descubrir, ni ideología que interpretar. ¹⁷ A la máquina femicida no se le pregunta qué quiere decir, sino cómo funciona. El capitalismo avanzado dejó de preocuparse por hacer creer, por persuadir y convencer. Actúa por sí solo, sin necesidad de recurrir a justificación discursiva alguna, desde el momento en que lo que mantiene la realidad unida no es un cuerpo sistemático de ideas, una ideología “omnisciente”, sino las propias operaciones de administración y control que funcionan al nivel de las rutinas materiales de la vida. Lo que amenaza la vida de Santa Teresa es lo que Marx llamaba “la sombría compulsión de lo económico” como fuerza impersonal de dominación que estructura la vida social y que hace que las jerarquías y la violencia parezcan naturales y necesarias (Eagleton, 2007: 60-62).

Afantasmados

A la máquina femicida que se ensaña con el cuerpo de las obreras, disolviendo por medio del terror los lazos de comunidad y de solidaridad, la novela le opone una máquina literaria de hacer que esos restos orgánicos cuenten su historia a la manera de las piedras o los fósiles. Testigos mudos de una condición inscrita directamente en su superficie y su entorno, los cadáveres de 2666 hablan en un lenguaje mudo y

¹⁶ En 1999, el propio González sobrevivió a un ataque por parte de sicarios en una calle de la Ciudad de México, que le dejó secuelas de por vida.

¹⁷ En los análisis de Foucault sobre la relación entre gobierno y verdad, el “principio del terror” representa un tipo de relación basado en la fascinación paralizante de la evidencia: “El terror es precisamente la gubernamentalidad en estado desnudo, en estado cínico, en estado obscuro” (2014: 36).

audible al mismo tiempo, que expresa la verdad del poder de manera más fiable que cualquier interpretación. Pero más allá de lo que digan del poder a través de sus heridas, más allá del zarpazo con que el poder las ha marcado a modo de firma, las muertas de Santa Teresa son poseedoras de un secreto que no se encuentra al nivel de los cuerpos porque es del orden del acontecimiento.

En efecto, el hecho de que la violencia que se encarniza con el cuerpo de las jóvenes trabajadoras de Santa Teresa sea mostrada como algo bien concreto no disuelve la cualidad afectiva del acontecimiento, su realidad virtual, una cualidad sentida flotando como una atmósfera de amenaza sobre la vida cotidiana, que la novela se abstiene de actualizar. Porque, en 2666, la difusión molecular de elementos comunitarios, que llenaba de aire fresco la vida de las trabajadoras asesinadas, se entremezcla con la circulación capilar de un miedo ubicuo y de baja intensidad que se expande por una novela cuya materia es la inmanencia del afecto como proceso nunca plenamente representado.

Sin terror no habría historia latinoamericana, pero como el terror es profundamente anti-narrativo, la literatura que pretenda descubrir por dónde circula y cómo funcionan las relaciones de poder tendrá que desorganizar sus propias formas narrativas para internarse con los ojos lo más abiertos posible en un plano donde los ordenamientos causales se desvanecen y no hay historias con un principio, un desarrollo y un final para contar, historias en las que los hechos se encadenen unos con otros para darle un sentido a lo sucedido.

Pasan las páginas de 2666, pero la historia no avanza, aunque las muertes no se detengan. El tiempo del terror es el tiempo del acontecimiento más que el de los hechos, una interrupción o perturbación de toda secuencia causal o narrativa en la que algo ocurre de golpe y de golpe se desvanece. Cada escena del crimen está atravesada por múltiples líneas de fuerza que, en su yuxtaposición, no parecen tener un sentido claro ni permiten que la narración, en estado de deriva permanente, se acerque demasiado a un misterio que está disuelto en la sociedad, cifrado en imágenes iluminadas a medias.

La certeza de que en México, por la falta de interés, la falibilidad, la desidia, la lentitud o la complicidad de la policía y del poder judicial, “nunca nada se cerraba del todo” (Bolaño, 2006: 612) guía un relato policial trunco, hecho sólo de comienzos y amagues de explicación que deja los asesinatos sin resolver, en el campo de la indeterminación y de la impunidad. ¿O acaso existe una forma mejor de matar una historia, como sospecha no muy lejos de la novela de Bolaño el narrador de *El diablo de las provincias*, del colombiano Juan Cárdenas, que “volviéndola cada vez más complicada, ahogándola de información inútil y desconcertante” (2017: 122)? Nadie quiere escuchar una historia muy enredada, sobre todo si las muertas son “mujeres pobres” que, como no pertenecen del todo a la sociedad, su inscripción en el lenguaje es problemática. Incluso si de vez en cuando la policía identifica a alguno de los asesinos, el aire espectral y pesadillesco de estos actos predatorios contra cuerpos femeninos no se desvanece nunca, “afantasmados”, como dice Carlos Monsiváis, por la insoportable levedad de un acontecimiento monstruoso.¹⁸

La hora de la Estrella

La violencia, el odio y el miedo deslizándose en la vida, extendiéndose por comunidades abandonadas por el Estado, son índices de una guerra civil “molecular” que,

¹⁸ “Mujeres pobres”, dice Monsiváis, “es el término que esencializa la invisibilidad social, la de los seres a quienes de antemano se da por no contabilizables” (2003: 16).

por debajo de las representaciones ideológicas, se libra en y contra el cuerpo biopolítico de una población atravesada por divisiones y antagonismos sexuales, étnicos y raciales que, en una democracia neoliberal, son la continuación de la dominación política por medios económicos cada vez más abstractos, borrosos y omnipresentes.¹⁹ Al igual que el miedo, la precarización es un estriamiento represivo de la población, un umbral regulable para un poder que gobierna a través de la inseguridad (Lorey, 2015; De Mauro Rucovsky, 2022).

Por eso, en el México de 2666, la sensación de vulnerabilidad frente a un peligro invisible cayendo como una sombra sobre un territorio abandonado a la mano dura e invisible del libre mercado no se disipa nunca (y dejarlo todo sin aclarar exige tanta precisión y atención a los detalles como inventar escrupulosamente todo lo que hay saber). El desamparo de un par de mujeres frente a la desaparición de las hijas adolescentes de una compañera de trabajo no deja de ser en América Latina “una sensación familiar, algo que si uno lo pensaba bien experimentaba todos los días” (Bolaño, 2004: 660). Pero a esa violencia “fundacional” que viene del pasado de la Conquista y que es la materia misma de la que están hechas las culturas latinoamericanas, habría que agregarle la angustia por una violencia inminente que viene del futuro, “la sombra de la muerte sobrevolando el barrio como una bandada de zopilotes y espesándolo todo, trastocando la rutina de todo, poniendo todas las cosas al revés” (Bolaño, 2004: 660), porque el secreto del mal a descubrir, si es que hay un secreto, permanece oculto en el orden monótono de lo cotidiano, confundido con los detalles triviales de la vida común y corriente.

Atravesada por los mecanismos del poder político, la parte más gris de lo cotidiano que aflora en “La parte de los crímenes” se oscurece, de manera que es también la parte más negra y nocturna de la existencia. Para darle visibilidad a ese desamparo, para hacer perceptible la violencia económica y el mecanismo invisible de un capital que funciona como una fuerza impersonal de dominación, 2666 despliega una sensibilidad micropolítica que nos sitúa, más allá de las explicaciones y las formas de significación existentes, sobre un plano sensible sembrado de cadáveres de mujeres y de intensidades salvajes que conmueven las reglas de la representación realista.²⁰

Sin llegar a tomar la forma de los hechos, el asalto al cuerpo reproductivo por parte del capitalismo avanzado adquiere una ferocidad sin límites que compromete a niveles capilares esa vaga trama de espacios y tiempos que constituyen la vida cotidiana, con sus formas de vida y de sociabilidad como nuevo campo de explotación y de extracción de valor. Porque estas economías del miedo no se dejan comprender por afuera de las tareas reproductivas asociadas a la mano de obra barata de las mujeres —la verdadera mano invisible de la economía política de 2666—, trabajando tiempo completo en la reproducción de la vida a la escala microscópica de lo comunitario. Pero esa vida de los cuerpos-territorio de 2666, que el poder violatorio del machismo busca disecionando y descuartizando los cadáveres, no es un fenómeno orgánico escondido en la profundidad de los cuerpos, ni un magma confuso y peligroso, sino, justamente, ese potencial virtual que no está en ninguna de las partes tomadas por separado y que surge

19 Estamos en la época de la subjetivación de las guerras civiles “moleculares”, dicen Éric Alliez y Maurizio Lazzarato, que analizan el modo en que las divisiones, diferenciaciones y antagonismos que proyectan las guerras en y contra la población han sido históricamente necesarias para que el capitalismo pueda funcionar. “La composición del proletariado”, escriben Alliez y Lazzarato, “está atravesada por líneas de fractura que son el origen de auténticas guerras civiles moleculares, irreductibles a toda suerte de conflicto ideológico” (2016: 60).

20 “Necesitamos toparnos con lo inmensamente cotidiano de los femicidios y lo inmensamente cercano de los femicidas”, reclama la escritora y periodista Marta Dillon (2019: s/p) en el segundo encuentro “La tibia garra testimonial”. Las crónicas sobre el femicidio siempre hacen hincapié en la biografía de la víctima y “en el medio nos queda saber qué es un femicidio”, concluye.

solamente cuando las partes se juntan para cooperar y el trabajo, como suele decirse, toma cuerpo: el cuerpo femenino en su devenir *artificialmente* un cuerpo común.²¹

Hay cadáveres cuando los cuerpos son separados de lo que pueden por la voracidad del capital que, en tanto trabajo muerto, necesita de la sobreexplotación de la potencia específica del trabajo vivo de las mujeres migrantes para sobrevivir y multiplicarse. Y eso no es barbarie, sino una producción planificada de vidas devaluadas y descartables para una economía global que necesita de mano de obra barata.

En este sentido, el asesino o los asesinos de mujeres de 2666, ¿no tiene la ubicuidad inasible de los flujos de capital y trabajo inmaterial que libera la economía posfordista, ramificándose por el tejido material de la vida? En la época de la globalización, el enemigo está en todas partes y en ninguna. Aunque la cuestión tal vez no sea la “inmaterialidad” creciente del trabajo, sino, como observa Verónica Gago, las materialidades que “se ponen hoy en juego y son violentadas por medio de diferentes dispositivos de abstracción” (2019) que se alimentan de las formas más precarizadas del trabajo llamado vivo.

De hecho, el principal sospechoso es un extranjero llamado Klaus Hass, un siniestro gigante alemán, alto, rubio y delgado que se dedica a la importación y exportación de partes de computadoras, vagamente conectado con la figura ausente de un novelista alemán cuyas huellas se pierden en México. Ya entre rejas, vende teléfonos celulares dentro de la cárcel, en alianza con las bandas de narcos que gobiernan adentro y afuera de la prisión. Encarna el espectro de las fuerzas globales (no menos que el fantasma del nazismo, el mal absoluto del siglo),²² que al igual que el asesino, son extraterritoriales, y, en el reverso de la comunidad, no están localizadas en ninguna parte. Su tienda de computación es un enclave de modernización, una boca de lobo que atrae a obreras incautas —no representadas ni protegidas sindicalmente— como Estrella Ruiz Sandoval.

Rodeada de peligros y sufrimientos, aunque llena de proyectos, expectativas y esperanzas, Estrella circulaba entre la explotación sufrida en la maquiladora y el mundo del poco tiempo “libre” que le queda entre un turno y otro, repartida entre salidas al cine con sus amigas y unos cursos de computación que se convierten en la pista más concreta de los asesinatos. Tenía diecisiete años, y no quería quedarse toda la vida trabajando en una maquiladora; tenía planes para el futuro, quería estudiar y dejar el mundo de las maquiladoras por el del trabajo “cognitivo” de las máquinas digitales; dejar la línea de montaje por las cadenas comunicativas y redes de cooperación del trabajo vivo contemporáneo.

La vida se multiplicaba alrededor de Estrella, quien, en conexión con otros cuerpos, está trazando sobre lo real líneas de desujetamiento y de cambio que son, al mismo tiempo, una experimentación con la potencia de indeterminación de un cuerpo que se expone al universo de la precarización laboral, asume los riesgos de la rebeldía y se enfrenta con el límite de la violencia, que es también un límite del lenguaje. “¿Para qué queremos un hombre si nosotras solas ya trabajamos y nos ganamos nuestro sueldo y somos independientes?” (Bolaño, 2004: 586), declara una de sus amigas en un interrogatorio, apelando a un presupuesto de igualdad que en apenas unas pocas líneas, como un breve relámpago, deja entrever el funcionamiento de una política de

21 Acerca de la potencia colectiva del trabajo vivo, ver Scavino (1999: 66-67).

22 Las huellas espectrales del nazismo en las sociedades latinoamericanas, al nivel invisible de los hábitos, es un núcleo constante de la literatura de Bolaño, desde *La literatura nazi en América* (1996) hasta los cuentos publicados póstumamente de *El secreto del mal* (2007) y la novela *El Tercer Reich* (2009).

desprecarización en clave femenina reveladora de una capacidad de disentir propia de lo humano.

La violenta extensión del capitalismo a la totalidad de lo viviente, su acecho y explotación de la potencia de creación y transformación de los cuerpos son una reacción a un deseo de vida previo al poder que busca capturarlos, asignarles lugares y conductas, regular su libertad de movimiento, detener su fuga. No habría que confundir entonces a esas mujeres que aprovechan, transforman y sufren la violencia económica del neoliberalismo con el poder que las deja al desnudo; ni la precariedad inducida por tecnologías biopolíticas con una falta o un miedo prepolítico que las reduce a la condición de sexo débil. En todo caso, se trata de una precariedad impuesta, forzada, infligida por un poder creador de cuerpos dóciles que refuerza las condiciones de vulnerabilidad, inseguridad e indefensión en las que viven y desaparecen las operarias, camareras, enfermeras, prostitutas y estudiantes de Santa Teresa, quienes, al temor de morir, le oponen la “pura voluntad, pura explosión, puro deseo de placer” (2004: 740) de sus cuerpos nómadas, difíciles de sedentarizar como fuerza de trabajo.

En éxodo respecto del rol tradicional de la mujer, gozando de modo táctico de relaciones comunales y laborales, la fugaz trayectoria que trazan con sus cuerpos repite las palabras de Anzaldúa, que a contrapelo de la autoridad —“sea mi mamá, la Iglesia, la cultura de los anglos”—, dice de manera desafiante: “No me dejé de los hombres. No fui buena ni obediente. Me costó muy caro mi rebeldía” (1999: 37).

Se trata de una intensidad subjetiva puesta a trabajar que no puede ser reprimida, un perturbador exceso de vida y de afectos que salta por encima de las identificaciones que sujetan un cuerpo a un rol. ¡Cuerpos con los que no deberían haber salido!, como les faltó decir, según Monsiváis, a los funcionarios judiciales, policías y autoridades religiosas del Estado que responsabilizaron a las víctimas de los crímenes por usar ropa provocadora y mostrar cuerpos sensuales (2003: 16).

Un cuerpo muerto no goza. Estrella muere en agosto de 1995, “estrangulada y violada por los tres conductos” (Bolaño, 2004: 577). Como el condenado del cuento de Kafka, descifró el texto de la máquina femicida a través de sus heridas. Pero “encimita de mi carne”, como dice Anzaldúa, “está la rebeldía” envolviéndola como una crisálida, porque “despite my growing tolerance, for this Chicana *la guerra de independencia* is a constant” (1999: 37). Un justo epitafio para la sepultura que Estrella no tuvo.

Bibliografía

- » Akers Chacón, J. y Davis, M. (2009). *Nadie es ilegal. Combatiendo el racismo y la violencia del Estado en la frontera Estados Unidos-México*. Trad. Martínez, C. Haymarket Books.
- » Alliez, E. y Lazzarato, M. (2016). *Guerres et Capital*. Éditions Amsterdam.
- » Anzaldúa, G. (1999). *Borderlands/La frontera. The New Mestiza*. Aunt Lute Books.
- » Balibar, E. (2005). *Violencia: idealidad y crueldad. Violencia, identidades y civilidad*. Gedisa.
- » Beasley-Murray, J. (2010). *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Trad. Rodríguez, F..
- » Bolaño, R. (2004). *2666*. Anagrama.
- » Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Trad. Moreno Carrillo, B. Paidós.
- » Cárdenas, J. (2017). *El diablo de las provincias. Fábula en miniatura*. Periférica.
- » De Mauro Rucovsky, M. (2022). *Bios Precario. Biopolítica y precariedad en Latinoamérica*. La Oveja Roja.
- » Dillon, M. (3 de octubre de 2019). El silencio que se tiene que romper es el pacto entre varones. *Página/12*, en línea: <<https://www.pagina12.com.ar/223217-marta-dillon-el-silencio-que-se-tiene-que-romper-es-el-pacto>> (consulta: 28-8-24).
- » Eagleton, T. (2007). *Ideology*. Verso.
- » Echevarría, I. (2004). Nota a la primera edición. En Bolaño, R., *2666*. Anagrama.
- » Esposito, R. (2009). *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Trad. Molinari Marotto, C. Amorrortu.
- » Foster, H. (1996). *The Return of the Real*. The MIT Press.
- » Foucault, M. (2014). *Del gobierno de los vivos*. Fondo de Cultura Económica.
- » Franco, J. (2013). *Raping the Dead. Cruel Modernity*. Duke UP.
- » Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón.
- » Gago, V. (2019). El cuerpo del trabajo. Tres escenas cartografiadas desde el paro feminista. *A contracorriente*, vol. 16, núm. 3. Laera A. y Rodríguez, F. (coords.), Dossier “El cuerpo del trabajo”, pp. 39-60.
- » Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia.
- » Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Trad. Eduardo Sadier. Paidós.
- » Lorey, I. (2015). *State of Insecurity. Government of the Precarious*. Trad. Aileen Derieg. Verso.
- » Masiello, F. (2012). Cuerpo y catástrofe. Cortez E. y Kirkpatrick, G. (eds), *Estar en el presente. Literatura y nación desde el Bicentenario*. Latinoamericana - Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo.

- » Mezzadra, S. (2013). *Border as Method, or, The Multiplication of Labor*. Duke UP.
- » Monsiváis, C. (2003). El femicidio y la conversión de Ciudad Juárez en territorio de la impunidad. González Rodríguez, S. (ed.), edición especial *Metapolítica. Las muertas de Juárez*. Centro de Estudios de Política Comparada.
- » Rancière, J. (2010). Las paradojas del arte político. *El espectador emancipado*. Trad. Dillon, A. Manantial.
- » Rosenberg, F. (2016). *After Human Rights. Literature, Visual Arts, and Film in Latin America, 1990-2010*. Pittsburgh UP.
- » Scavino, D. (1999). *La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina de fin de siglo*. Manantial.
- » Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Tinta Limón.
- » Williams, G. (2011). *The Mexican Exception: Sovereignty, Police, Democracy*. Palgrave Macmillan.

